

Lev Tolstói

Los cosacos

Presentación de Víctor Andresco



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Kazakí*
Traducción de Irene y Laura Andresco, revisada
por Víctor Andresco

Primera edición: 2014
Cuarta reimpresión: noviembre 2025

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Alfred von Wierusz-Kowalski: *Patrulla circasiana* (ca. 1885).
Colección particular
© Christie's Images / Index - Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Herederos de Irene y Laura Andresco Kuraitis, 2014
© de la presentación: Víctor Andresco Peralta, 2014
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8590-8
Depósito legal: M. 2.954-2014
Printed in Spain

Índice

- 9 Presentación: Las fronteras invisibles,
por Víctor Andresco

LOS COSACOS

- 17 Capítulo 1
23 Capítulo 2
32 Capítulo 3
36 Capítulo 4
42 Capítulo 5
48 Capítulo 6
55 Capítulo 7
60 Capítulo 8
68 Capítulo 9
75 Capítulo 10
81 Capítulo 11
87 Capítulo 12
91 Capítulo 13
101 Capítulo 14
105 Capítulo 15
110 Capítulo 16
118 Capítulo 17
123 Capítulo 18
132 Capítulo 19

137	Capítulo 20
143	Capítulo 21
149	Capítulo 22
157	Capítulo 23
162	Capítulo 24
172	Capítulo 25
177	Capítulo 26
181	Capítulo 27
186	Capítulo 28
193	Capítulo 29
198	Capítulo 30
202	Capítulo 31
206	Capítulo 32
210	Capítulo 33
217	Capítulo 34
222	Capítulo 35
228	Capítulo 36
232	Capítulo 37
236	Capítulo 38
243	Capítulo 39
246	Capítulo 40
252	Capítulo 41
257	Capítulo 42

Presentación: Las fronteras invisibles

Parece probado que uno de los fenómenos que más impresionó en su niñez a Lev Tolstói (Yásnaia Poliana, 1828-Astápovo, 1910) fue el continuo tránsito de peregrinos que, presos de una intensa fe, recorrían Rusia de santuario en santuario, portando con ellos un rico acervo de relatos y leyendas populares, las famosas *bylinas* heredadas de padres a hijos. Sin duda ello llevó al escritor a interesarse por el folclore popular y la transmisión oral, pero no es menos obvio que al autor de *Guerra y paz* debió impactarle la existencia de una Rusia en continua peregrinación, despojada de las costumbres habituales y capaz de hacer del *camino* su modo de vida. Aunque por su esencia estos «nómadas» ortodoxos nada tienen que ver con la «trashumancia» ruda y guerrera de los cosacos, es interesante comprobar la huella que en Tolstói dejaron los seres capaces de vivir lejos de los registros sociales establecidos. Sobre los cosacos se ha escrito

casi todo y se ha especulado aún más, dando lugar a un verdadero mito en el imaginario colectivo mundial; de hecho, son referencia casi inexcusable cuando se habla de *la vieja Rusia*, aunque la precisión sea tan difícil de establecer como los propios contornos que caracterizan a ese pueblo sin fronteras concretas. Habitantes de las estepas del sur de Rusia –un sur que abarca desde Ucrania hasta Georgia, Armenia y Azerbaiyán– desde el siglo X, los cosacos deben su etimología a la palabra turca *quzzaq*, que alude al hombre sin ataduras (otro elemento imprescindible en las tradiciones mitológicas locales). Las cuencas del Volga y del Don, del Kubán y del Terek son los principales escenarios estables de un pueblo que venera a los ancianos y cultiva tradiciones rurales que lo hicieron «propenso al mito» para los occidentales; basta recordar el *Tarás Bulba* de Gógol o los cuadros de Repin. Especialmente en Ucrania, la pervivencia de un elemento sociodemográfico como los cosacos ayudó en distintas épocas a generar una *identidad nacional fuerte* frente a la intensa vigencia de valores considerados rusos. La ausencia de fronteras tangibles y la crónica provisionalidad de su modo de vida dio lugar, además, a la existencia de núcleos cosacos en territorios tan dispares como Polonia o Tartaria y el palíndromo *kazak* fue a lo largo de la historia sinónimo de un espíritu incompatible con el poder, las fronteras y los estados, siendo notorias las leyendas cosacas de época napoleónica. La implicación de numerosos cosacos en los episodios más oscuros del nazismo (por no hablar de los abundantes episodios violentos que salpican a distintos países) han complicado, sin embargo, la mitificación contemporánea del término. Acaso

en la descripción que hace Claudio Magris del atamán Krasnov en *Conjeturas sobre un sable* («una sincera pero desviada pasión por la libertad») se hallen muchas de las claves para comprender qué ha representado el cosaco en la historia.

Tolstói en el espejo de los cosacos

En el contexto concreto del joven Tolstói los cosacos representan, en todo caso, una ocasión única para indagar en la alteridad soñada por su temperamento disconforme, en cierto modo *indomable*. Cuando el que con los años será autor de *Resurrección* llega al frente (la Rusia zarista mantiene un enfrentamiento militar crónico con los pueblos del Cáucaso y en 1853 comienza la Guerra de Crimea, en la que durante tres años se enfrenta al Imperio otomano, Reino Unido, Francia, Piamonte y Cerdeña), tiene ya muy desarrollado lo que Henry Troyat llamó «un sentido de singularidad» que ya se había manifestado en sus años de formación, especialmente en la Universidad de Kazán y más tarde en los *salons* de Moscú y San Petersburgo. No hace falta una imaginación muy exaltada para suponer que entre las tropas rusas –aunque se tratase de destinos *buenos* para oficiales de la buena sociedad– Tolstói encontró óptimos contextos susceptibles de ser transformados en literatura. Si las fronteras del Imperio eran vidriosas en el valle del Terek, no lo serán menos en las áreas termales en las que conocerá la vida en la retaguardia (la primera gran obra teatral de Chéjov, *Ivanov*, es un excelente fresco de esa

vida en el vacío y en estrecha relación con las vidas *superfluas* que Pushkin, Goncharov o Turguéniev retrataron) y tendrá ocasión de reflexionar sobre lo que luego se conocerá como *literatura de frontera*. La compleja combinación de las identidades nacionales en un Cáucaso masacrado por intereses políticos, económicos y religiosos se une a lo que en Tolstói puede considerarse el gran salto a la madurez narrativa; tratándose de uno de los novelistas más ambiciosos de la historia, es importante el dato y ayuda a comprender la fascinación que *Los cosacos* (publicada en 1863 en la revista *El mensajero ruso*) sigue ejerciendo en lectores y críticos, hasta el punto de ser la obra tolstoiana preferida por muchos. La *otredad* de Olenin es un símbolo de ida y vuelta en el descubrimiento de una Rusia imposible que, lejos de parecerse al sueño imperial de los zares, ayudará a Tolstói a progresar en su universalismo.

La mezcla de nomadismo y destrezas guerrreras de los cosacos facilitó que se convirtieran en fuerzas relativamente regulares del ejército zarista a medida que variaban las líneas de fuego y las fronteras de los ambiciosos planes territoriales trazados en San Petersburgo. Cinco regimientos cosacos habían formado la llamada Línea del Cáucaso en 1832 y junto a los frentes de Azov-Mozdok y Malorosíisk ejercían de cabeza de puente contra el fantasma de los *enemigos de la patria*. Esta duplicidad del cosaco como aliado militar de los rusos y como antónimo del orden y la disciplina centralista terminó de consolidar *el mito del otro* en un Lev Tolstói que, mediada la veintena, se sabía ya escritor, había declarado ya su guerra personal al mundo convencional (de alguna

manera sabía ya que el mal estaba en casa tanto como fuera) y empezaba a elaborar una teoría poética cuya prosa –paradigma de la variedad y la abundancia– estaba destinada a salvar a la humanidad.

En 1969 Henry Miller publicaba en *Los libros en mi vida* (*The books in my life*) una frase muy elocuente sobre el espíritu de lo que ahora llamamos clásicos: «es extraño pero ultrajantemente notable que en los últimos tiempos los únicos espíritus alegres y jóvenes sean entre nosotros los *viejos*». El objetivamente joven Tolstói cuando escribe *Los cosacos* mantuvo hasta el último de sus textos una actitud implacable hacia la posteridad, ese *no lugar* donde desaparecen tantas vocaciones literarias y de todo tipo. Ignorar deliberadamente las fronteras que la vida le reserva a un autor surgido (y mantenido) en el seno de la aristocracia y capaz de proponer un credo ético y moral estructurándolo sobre miles de páginas de ficción en las que se desnuda la podredumbre de las instituciones esenciales del Estado, fue sin duda uno de los aciertos; ello le permitió mantenerse, a despecho de la historia y sus revisiones, como un autor fundamental. Que además fuera capaz de hacerlo sin renunciar a su fascinación por esos *otros* nos hace pensar que entre las virtudes cosacas está el haber compartido con Tolstói lo mejor de su espíritu para felicidad de sus lectores.

Víctor Andresco
Febrero de 2014

Los cosacos

Capítulo 1

Todo estaba en silencio en Moscú. Sólo muy de tarde en tarde se oía el rechinar de ruedas por las calles cubiertas de nieve. Ya no había luces en las ventanas y hasta los faroles estaban apagados. Sonaban las campanas de las iglesias, que, al vibrar por encima de la ciudad dormida, anunciaban la mañana. Las calles estaban desiertas. De cuando en cuando, algún cochero nocturno pasaba, dejando estrechas huellas en la nieve rociada de arena, y, al llegar a alguna esquina, echaba un sueñecito esperando a un viajero. Alguna vieja se dirigía a la iglesia donde ardían cirios simétricamente colocados, reflejándose en los marcos dorados de las imágenes. La población obrera se levantaba después de una larga noche invernal para acudir a su trabajo.

En cambio, para los señores todavía era de noche.

En una de las ventanas de Chevalier se filtraba la luz a través de las rendijas de las maderas cerradas. Junto a

la entrada había un carruaje, trineos, coches de alquiler y una troika de postas, apretados unos contra otros. El portero, encogido, arrebujándose en su pelliza, se refugiaba en un rincón del zaguán.

«¿De qué tonterías estarán hablando? –pensaba el camarero de rostro enjuto que permanecía sentado en la antesala–. ¡Y siempre ocurre esto cuando estoy de servicio!»

De la habitación contigua, se oían las voces de tres jóvenes que cenaban. En la mesa se veían restos de comida y de vino. Uno de ellos, pequeño, delgadito, atildado y bastante feo, contemplaba con sus ojos cansados y bondadosos a otro que se iba de viaje. El segundo, un hombre alto, estaba tendido en un diván, cerca de la mesa llena de botellas, jugueteando con la llavecita de su reloj. El tercero, que llevaba una pelliza corta, nueva, paseaba por la estancia sonriendo sin cesar y se detenía de cuando en cuando para partir almendras con sus dedos fuertes y gruesos, de uñas limpias; su rostro y sus ojos estaban encendidos. Hablaba con calor y gesticulaba, pero se veía que no encontraba palabras y que las que le acudían a la mente le parecían insuficientes para expresar todo lo que embargaba su corazón.

–Ahora puedo expresarlo todo –dijo el que se iba de viaje–. No trato de justificarme; sólo quisiera que me comprendieses como me comprendo yo mismo y que no considerases este caso como el vulgo. Dices que soy culpable ante ella –añadió, dirigiéndose al joven que lo miraba con ojos bondadosos.

–Sí, lo eres –replicó el joven pequeño y feo; y su mirada pareció expresar aún más bondad y cansancio.

–Ya sé por qué lo dices. Según tú, ser amado constituye una felicidad igual a la de amar; y crees que una vez que se consigue, es suficiente para toda la vida.

–Sí, es suficiente, amigo mío. Es más de lo que se necesita –afirmó el otro, abriendo y cerrando los ojos.

–Pero ¿por qué no ha de amar también uno mismo? –objetó el que se iba de viaje, quedándose pensativo, mientras miraba a su amigo con expresión compasiva–. ¿Por qué no amar...? No; es una verdadera desgracia cuando uno se da cuenta de que no corresponde al amor que inspira. ¡Ay Dios mío! –hizo un gesto con la mano–. Si eso se hiciese con sensatez. Pero, por el contrario, todo lo hacemos inconscientemente, fuera de nuestra voluntad. Es como si yo hubiera robado ese sentimiento. Eso es lo que crees, no me lo niegues; eso es lo que debes de pensar. No me creerás, pero de las muchas tonterías y vilezas que ya he tenido tiempo de cometer en mi vida, ésta es una de la que no me arrepiento ni puedo arrepentirme. Ni al principio ni después le he mentado a ella, ni me he engañado a mí mismo. Me parecía que, al fin, me había enamorado; luego me di cuenta de que se trataba de un engaño involuntario, que así no se puede amar y que era imposible seguir adelante; ella, en cambio, lo hizo. ¿Acaso tengo yo la culpa de no haber podido seguir amando? ¿Qué podía hacer?

–Bueno, ahora todo ha terminado –dijo el amigo, encendiendo un cigarro, para disipar el sueño–. Sólo te diré una cosa: tú no has amado todavía ni sabes lo que es el amor.

El de la pelliza corta quiso decir algo y se llevó las manos a la cabeza, pero no pudo expresar lo que quería.

—¡No he amado! ¡Sí, es verdad, no he amado! Pero no es posible tener un deseo de amar más grande que el que siento. Y, por otra parte, ¿existe un amor así? Siempre falta algo. ¡Para qué hablar! He complicado mucho mi existencia. Pero ahora todo ha concluido; tienes razón. Presiento que comenzaré una vida nueva.

—Que volverás a complicar —intervino el joven que estaba acostado en el diván; pero el que se iba no lo oyó.

—Me da pena irme; pero, al mismo tiempo, estoy contento —continuó—. No sé por qué me da pena.

Y se puso a hablar de sí mismo, sin advertir que esto a los demás no les interesaba tanto como a él. El hombre nunca es tan egoísta como en un momento de exaltación. Le parece que en el mundo no hay nada tan interesante ni tan hermoso como él mismo.

—Dimitri Andréievich, el cochero no quiere esperar más —dijo, entrando, un criado joven que llevaba pelliza y una bufanda al cuello—. Los caballos aguardan desde las doce y ya son las cuatro.

El joven miró a su criado, Vania; y su bufanda, sus botas de fieltro y su rostro adormecido parecieron hablarle de una vida nueva que lo llamaba, una vida de trabajo, de actividad y de privaciones.

—Verdaderamente, ya es hora. Adiós —dijo tratando de abrocharse un corchete de la pelliza.

A pesar de que sus amigos le aconsejaron que diera una propina al cochero, el joven se puso el gorro y se detuvo en medio de la habitación. Se besaron dos veces y, después de una pausa, volvieron a besarse. El de la pelliza se acercó a la mesa, bebió una copa de vino y, tomando la mano al joven feo, se ruborizó.

–De todas formas, te diré... Puedo y debo ser sincero contigo, porque te quiero... Tú la amas, ¿verdad? Siempre lo he creído... ¿Es cierto?

–Sí –contestó el amigo, sonriendo con más dulzura que antes.

–Tal vez entonces...

–Hagan el favor, señores. Tengo orden de apagar las velas –dijo el camarero adormilado, que había oído esta última conversación, tratando de explicarse por qué los señores repiten siempre lo mismo–. ¿A quién debo presentar la cuenta? ¿A usted? –añadió, volviéndose hacia el joven alto, pues sabía de antemano a quién debía dirigirse.

–Sí. ¿Cuánto es?

–Veintiséis rublos.

El joven reflexionó un instante, pero se guardó la cuenta en el bolsillo sin decir nada.

Mientras tanto, los otros dos seguían hablando.

–¡Adiós! ¡Eres un buen muchacho! –dijo el joven pequeño y feo de bondadosos ojos.

A ambos se les saltaron las lágrimas. Salieron a la escalinata.

–A propósito. Tú arreglarás mis cuentas con Chevalier y me escribirás después –dijo el que se iba, ruborizándose y dirigiéndose al alto.

–Bueno, bueno –replicó el otro, mientras se ponía los guantes–. ¡Cómo te envidio! –añadió, de una manera completamente inesperada, una vez que hubieron salido a la escalinata.

El que se iba montó en el trineo y, envolviéndose en la pelliza, dijo con voz temblorosa:

–Pues anda, ven conmigo.

Y hasta se retiró para dejarle sitio a su lado.

–¡Adiós, Mitia! ¡Que Dios te conceda...! –pronunció el acompañante; pero como lo único que deseaba era que se fuera cuanto antes, no acabó la frase.

Callaron un momento. Luego alguien dijo: «Adiós», y otro: «¡Vámonos!»; y el cochero fustigó a los caballos.

–¡Elizar, el coche! –gritó uno de los acompañantes.

Los cocheros se agitaron, tiraron de las riendas y fustigaron a los caballos. El carruaje helado chirrió por la nieve.

–¡Qué buen muchacho es Olenin! –dijo uno de los jóvenes–. Pero ¿qué ventolera le ha dado de irse al Cáucaso y, además, como *junker*¹? Yo no iría por nada del mundo. ¿Comerás mañana en el club?

–Sí.

Y los jóvenes se separaron.

Olenin tenía calor con la pelliza. Se sentó en el fondo del trineo y se la desabrochó. La troika de caballos de pelo erizado se arrastró de calle en calle, en la oscuridad, pasando ante unas casas que nunca había visto. Olenin creía que sólo los que se iban de viaje pasaban por esas calles. En torno suyo, todo estaba oscuro, silencioso y triste, pero su alma rebosaba de recuerdos, amor y pesares; y le ahogaban dulces lágrimas...

1. *junker*: desde 1864 y hasta la revolución de 1917, cadete militar generalmente perteneciente a la aristocracia. (N. del E. Salvo indicación en otro sentido, las notas son de las traductoras.)

Capítulo 2

«¡Amo, amo intensamente! ¡Qué buenos son! Está bien», se decía, sintiendo deseos de amar. Pero ¿por qué? ¿Quiénes eran los buenos? ¿A quién amaba tanto? No lo sabía. A ratos, se quedaba mirando alguna casa y se asombraba de su extraña construcción; a veces, le sorprendía que Vania y el cochero, que eran tan ajenos a él, se balancearan en el mismo coche, a las sacudidas que producían los impulsos de los caballos de tiro, poniendo bruscamente en tensión las riendas heladas; y se decía de nuevo: «¡Qué buenos son! ¡Cuánto los quiero!». Una vez hasta llegó a decir: «¡Si pudiese conseguirlo! ¡Magnífico!». Y él mismo se admiró de lo que acababa de pronunciar, preguntándose: «¿No estaré borracho?». Bien es verdad que había bebido dos botellas de vino; pero no sólo el vino había ejercido esa influencia sobre Olenin. Recordó las palabras íntimas, amistosas, que le habían dicho sus amigos tímidamente, como

sin querer, en el momento en que se iba. Los apretones de manos, las miradas, los silencios, el tono de voz del que dijo «Adiós, Mitia», cuando ya estaba en el trineo. Recordó su propia sinceridad. Y todo esto tenía para él un significado conmovedor. En el momento de partir, no sólo los parientes y amigos, no sólo las personas indiferentes, sino hasta las que eran poco simpáticas u hostiles, parecían haberse puesto de acuerdo para demostrarle afecto y perdonarle todo, como en la confesión o en el momento de morir. «Tal vez no vuelva del Cáucaso», pensó. Y le pareció que quería a sus amigos y a alguien más. Sintió compasión de sí mismo. Pero no era su afecto por los compañeros ni el amor por una mujer (nunca había amado aún) lo que le había conducido a este estado y enternecía su alma hasta el punto de que no pudiera contener las palabras incoherentes, que brotaban por sí solas. Era el amor hacia sí mismo, un amor ardiente, lleno de esperanzas, un amor intenso hacia todo lo que tenía de bueno su alma (en aquel momento se imaginaba que sólo tenía cosas buenas) el que le hacía llorar y murmurar palabras sin ilación.

Olenin era un joven que no había terminado ningunos estudios, ni había servido en ninguna parte (sólo figuraba en un tribunal); había dilapidado la mitad de su fortuna y, a los veinticuatro años, no se había decidido aún por ninguna carrera ni se ocupaba en nada. Era lo que en Moscú se suele llamar «un joven de la buena sociedad».

A los dieciocho años, Olenin era tan libre como suelen serlo a los cuarenta los hombres de ricas familias rusas, huérfanos desde jóvenes. Para él no existía ningún freno,

ni en lo físico ni en lo moral; podía hacerlo todo, no necesitaba nada ni nada le retenía. No tenía familia, patria, fe ni exigencias. No creía en nada ni reconocía ninguna autoridad. Sin embargo, no era un joven aburrido, triste ni filósofo, sino que, por el contrario, se divertía constantemente. Había decidido que el amor no existía, pero se estremecía siempre en presencia de cualquier mujer joven y hermosa. Desde hacía mucho tiempo sabía que el rango y la posición de los hombres eran tonterías, aunque experimentaba satisfacción, a pesar suyo, cuando el príncipe Serguéi se acercaba a él en un baile y le dirigía palabras amistosas. Sin embargo, se entregaba a sus diversiones sin dejarse esclavizar. En cuanto presentía la proximidad de un trabajo o de una lucha, la lucha mezquina por la existencia, instintivamente se apresuraba a separarse del sentimiento o del asunto que fuera y a recobrar su libertad. Así había comenzado su vida social, el servicio del Estado, las ocupaciones agrícolas, la música (a la que pensó consagrarse durante algún tiempo) e incluso el amor, en el que no creía. Reflexionaba acerca de la manera de aplicar las fuerzas de la juventud, que sólo se le da una vez en la vida al hombre. ¿Debía aplicarlas a las artes, a la ciencia, al amor o a una actividad práctica? No se trataba de las fuerzas de la inteligencia, del amor ni de las de la instrucción, sino de ese arrebatado que no vuelve a repetirse; de ese poder que sólo se le concede una vez al hombre para hacer de sí mismo lo que quiere y, según cree, ser dueño del mundo. Ciertamente existen hombres privados de este impulso, los cuales se ponen la primera collera que se les presenta al entrar en la vida, y la conservan hasta el fin de sus días traba-